

# Un túmulo para Juan

Homenaje de Carlos Coello Vila a Juan Siles Guevara

Vas a la sombra y vienes de tinieblas.  
Como hilar nieves, cual sajar de nieblas.  
Urdes las horas y soñando en vela.  
En toda labras y la muerte pueblas.  
Francis Tamayo

(Tercera y última parte)



Juan Siles Guevara

MI memoria recobra el rubáyat tamayano, de radical contenido existencial, que sintetiza el pensamiento heldeggeriano expuesto herméticamente en Sein und Zeit publicado lo mismo que el libro de Tamayo en 1927, precursor del Ismo a que ha dado lugar esta corriente filosófica que, en nuestro siglo, caló hondamente en el sin sentido de la condición humana y que ganó muchos y auténticos adeptos, como mi propio amigo Juan:

*Vas a la sombra y vienes de tinieblas - Como hilar nieves, cual telar de nieblas, / Urdes las horas y soñando en vela, / La nada labras y la muerte pueblas!*

Juan Siles Guevara era un boliviano a carta cabal. Aunque toda su infancia y juventud la pasó en el país trasandino, tuvo siempre presente la patria de su nacimiento, la de su padre y de sus antepasados. Cuando vio que otra ignominia se cernía sobre el ya consumado cercenamiento del litoral boliviano, su espíritu se rebeló. Se rebeló con la mentira histórica, y valientemente volvió las espaldas a su pasado. Dejó todo tras sí: una carrera que se vislumbraba promisoría y un futuro asegurado. Con todo respeto, volvió también las espaldas a sus viejos maestros, que condescendían con el engaño, y se vino, ligero de equipaje, a servir al país. Sólo trajo consigo su biblioteca. Soy testigo de los sacrificios con los que Juan la amplió y enriqueció en Bolivia durante los treinta años que estuvo entre nosotros. Cerca de nueve mil volúmenes, sobre todo de Historia, que su mano reunió amorosamente, a costa de mil renunciamentos, gulada por su riguroso criterio de selección.

La Carrera de Historia de la Facultad de Humanidades inició gestiones para adquirirla. Hasta donde sé, la gestión -que yo mismo me preocupé en promover- estaba entrabada por la burocracia administrativa, que es mucho más eficiente cuando hay que comprar buses, televisores y videos que tienen mucho menos que ver con el conocimiento de una disciplina que una biblioteca especializada. Menos mal que esa misma institución fue en sus últimos días un refugio y un amparo. También en lo material la Universidad Mayor de San Andrés resultó Alma Mater. Gracias a los servicios médicos del Seguro universitario y a la jubilación a la que se acogió cuando la enfermedad se hizo irreversible, Juan Siles logró sortear la miseria y el desvalimiento absolutos. A la hora del trance final ante la muerte, pocos fuimos los amigos que, de cerca o a la distancia, permanecimos a su lado.

De otra parte, Juan encontró un refugio en la poesía para paliar su soledad. De tarde en tarde, su mano abandonaba el rigor del método que había impuesto a su trabajo de revisiones y requisiciones históricas para abandonarse al dictado vital, intuitivo e irracional del corazón. Ahí están sus tres pequeños volúmenes de poemas; Camino hacia la ausencia (1968), Réquiem (1974) y Elegías para el olvido (1976). Y las últimas palpitaciones de su voz, en las que, como un cisne, canta su próxima y segura desaparición: Poemas del adlós (que SIGNO recogió en el No. 44).

*Viviré en un mundo primordial de sombras.  
No hay colores, sólo un blanco tiñoso y lo negro,  
La lógica se ha acabado, y sólo queda lo mágico,  
No hay futuro, sino un caótico presente.  
Para ascender del pozo lóbrego al cosmos  
Tú tienes la cifra.*

O la que canta resumiendo su destino.

*No, mi destino, no será el de Jonathan.  
Hijo de Rey, amado por otro Rey.  
Él era joven. Yo ya doblé el camino.  
Tal vez me recuerden por dos o tres florcillas.  
Pero yo moriré sobre el altiplano blanco  
A mil millas de ti.*

*Tampoco será el destino del joven azteca  
Quien ofrecía su corazón, al filo verde del jade,  
Después de meses de placeres porque creía que salvaba el mundo.  
Cuando muera solo, como todo el mundo, y a la distancia y lo sepas  
Sentirás un escalofrío y dirás: en marcha.*

*Ven, muerte acariciadora.  
La vida no es sino un resplandor de la materia  
Que se apaga y se hunde  
En los fríos espacios siderales.  
Todos te temen y terminan abrazados por ti.  
Ven, muerte apaciguadora.*

Merecería, al menos, que los que apreciamos erigieramos, sobre el erial y la alta meseta de Jururu, o en nuestros corazones, un túmulo, un chullpar, como otrora hacían nuestros antepasados, los quillas, con sus muertos para dejar un testimonio de su precaria existencia por la tierra o, quien sabe, para levantar una protesta silenciosa contra la muerte.

En esa alta y lejana puna, quizá el viento susurre, entre los pajonales, los dolientes versos que Juan escribiera un día como corona funeraria de otra pasión inútil.

## RÉQUIEM

*Cuando me digan que te has muerto,  
No me temblará la voz, ni habrá hielo en mi pecho.*

*Dudaré de tu lejano nombre  
Y del sabor de tus huesos.  
No sabré el color de tus pupilas,  
Ni el olor de tu pelo al viento.  
Ignoraré si te dieron agua,  
Bajo el sol sediento,  
Y si en un recodo del camino  
Alguien susurró: Te quiero.*

*Cuando me digan que te has muerto,  
No me temblará la voz ni habrá hielo en mi pecho.*

He contemplado no sé si la segunda o tercera vuelta en mi recorrido siguiendo el margen de las aguas congeladas. Los niños se han marchado ya hace tiempo. No hay nadie, sólo los árboles quedan de pie con los brazos agobiados por el peso de la nieve. No hay un hálito de vida, ni los cuervos, que son los únicos que no han emigrado en el invierno, dejan escuchar sus graznidos. Quisiera ponerme a gritar o a graznar como ellos. ¿Dónde estarán me pregunto, los inverosímiles patos rojiverdes que adornaban este estanque en el verano? Tengo las manos, el rostro y el cuerpo helados. Y aunque el frío me ha calado hasta los huesos, felizmente circula aún por las venas la sangre, ardida esta vez en el dolor. Lejos, otro frío ha aprisionado para siempre los huesos de mi querido amigo Juan.

FIN

Carlos Coello Vila es Director de la Revista «Signo» y Miembro de la Academia Boliviana de la Lengua, correspondiente de la Real Española.